SECCION
IMPRENTA—ENCUADERNACION
BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD DE CHILE

COLUMBIA
UNIVERSITY
LIBRARIES

presented by

Mr. & Mrs.
Andrew J. Hunter

LOS CRIMENES DEL GALLISMO

20,cts

POR UNO AL SESGO

Rare Book GV1108.J67078 1901g Folio

UNO AL SESGO

Los crimenes del Gallismo

Entro (tela)

Sr. Zeppler

Delgado

LOS CR MO

"U

I

En una noche obscura...—(
ta».—El gallismo de «Don
de las 15.000 pesetas del
«The Kon Lech

Estamos en 1913.

Es de noche, una noche
negra, como corresponde á
da comienzo historia tan l

Nos hallamos en Sevilla.

Las calles, desiertas, da
aspecto fantástico.

De vez en cuando surge una lucecilla á lo lejos; pero la noche sigue negra, aunque por un momento sea negra lucera.

Dos hombres atraviesan la Campana, como si vinieran de la calle Velázquez, y se dirigen á la de las Sierpes. Al llegar á la de Pi y Margall (Cerrajería antes) penetran en ella resueltamente, mas á los pocos pasos se detienen. Diríase que hay en ellos una cierta perplejidad. Unas veces sus miradas se dirigen hacia una casa de la izquierda; otras, hacia los balcones del *Gallinero*.

De pronto, tras un breve cuchicheo, se separa uno de los dos individuos y entra decidido en la casa de la acera izquierda, de la que al cabo de unos minutos vuelve á salir con un voluminoso paquete.

Reunidos de nuevo los dos desconocidos, y no sin antes haber echado una mirada in-

el *Galli-*
trancos.
a y diga-
cias, que
a que, por
d, Sevilla
os desco-
por lo
cho.

la reti-
ofrecido
los crí-
gallismo.

No hay que decir lo que fué Ricardo Torres en el toreo, por qué lo fué y cómo lo fué. Todo ello, por lo reciente, vive aun en el recuerdo del aficionado. Para mi objeto me basta con afirmar que *Bombita*, adueñado de los públicos por un arte que no era precisamente el arte de torear, sino el arte de dominar á los toros á fuerza de valor, de facultades y de inteligencia, había llegado á ese puesto en que, si no colmadas, satisfechas en gran parte sus aspiraciones, tanto de dinero como de gloria, comprendió que si aquéllo le era todavía posible ganarlo, ésta, la gloria, difícilmente podría aumentarla; y hasta con dificultad también sostenerse en el puesto alcanzado, ya que superarse á sí mismo no le era fácil y más bien habría de descender, pues de las tres grandes cualidades que le acabo de reconocer,

Rare Book GV1108 .J67078 1901g Folio

"Meet Me on the Terrace"
SNACKS · TEA · COCKTAILS

Los crimenes del Gallismo

UNO AL SESGO

LOS CRIMENES DEL GALLISMO

(SIEMPRE SE EXAGERA)

por

"UNO AL SESGO,,

I

En una noche obscura...—Cómo se fué «Bombita».—El gallismo de «Don Modesto».—¿Qué fué de las 15.000 pesetas del ala?—Cómo se hace «The Kon Leche», etc.

Estamos en 1913.

Es de noche, una noche oscura, más bien negra, como corresponde á una noche en que da comienzo historia tan lúgubre y funesta.

Nos hallamos en Sevilla.

Las calles, desiertas, dan á la ciudad un aspecto fantástico.

De vez en cuando surge una lucecilla á lo lejos; pero la noche sigue negra, aunque por un momento sea negra lucera.

Dos hombres atraviesan la Campana, como si vinieran de la calle Velázquez, y se dirigen á la de las Sierpes. Al llegar á la de Pi y Margall (Cerrajería antes) penetran en ella resueltamente, mas á los pocos pasos se detienen. Diríase que hay en ellos una cierta perplejidad. Unas veces sus miradas se dirigen hacia una casa de la izquierda; otras, hacia los balcones del *Gallinero*.

De pronto, tras un breve cuchicheo, se separa uno de los dos individuos y entra decidido en la casa de la acera izquierda, de la que al cabo de unos minutos vuelve á salir con un voluminoso paquete.

Reunidos de nuevo los dos desconocidos, y no sin antes haber echado una mirada inquieta en derredor, arrancan hacia el *Gallinero*, cuya escalerilla suben en dos trancos.

Dejémosles tranquilos por ahora y digamos al lector, para evitar suspicacias, que la noche de referencia era aquella en que, por averías en la Fábrica de electricidad, Sevilla se quedó á oscuras, oscuridad que los desconocidos personajes aprovecharon, por lo pronto, para hacer lo que queda dicho.

Luego...

Luego, si no recuerdo mal, viene la retirada de *Bombita*. Primer capítulo ofrecido en esta relación circunstanciada de los crímenes del gallismo.

No hay que decir lo que fué Ricardo Torres en el toreo, por qué lo fué y cómo lo fué. Todo ello, por lo reciente, vive aun en el recuerdo del aficionado. Para mi objeto me basta con afirmar que *Bombita*, adueñado de los públicos por un arte que no era precisamente el arte de torear, sino el arte de dominar á los toros á fuerza de valor, de facultades y de inteligencia, había llegado á ese puesto en que, si no colmadas, satisfechas en gran parte sus aspiraciones, tanto de dinero como de gloria, comprendió que si aquéllo le era todavía posible ganarlo, ésta, la gloria, difícilmente podría aumentarla; y hasta con dificultad también sostenerse en el puesto alcanzado, ya que superarse á sí mismo no le era fácil y más bien habría de descender, pues de las tres grandes cualidades que le acabo de reconocer,

dos, con toda certeza, ya no podrían acompañarle en toda su integridad en la lucha: á las facultades y al valor me refiero, porque si los músculos se desgastan y relajan con el tiempo, también al corazón mejor templado los golpes lo ablandan, y el de *Bombita* no podía ser una excepción.

A todo esto, Rafael *el Gallo*, esperanza para la afición durante años y años, había logrado definitivamente colocarse; su toreo, de una belleza imprevista, de una variedad desconcertante, siempre nuevo y siempre torero, acabó por imponerse, y no es que de ahí naciera una competencia, sino que los gustos del público tomaron otro derrotero, y cansado ya del que por largas temporadas monopolizó su atención, volvió los ojos hacia aquel otro astro, que era un aspecto nuevo en el arte de lidiar toros.

El mismo *Bombita*, con una ingenuidad que es digna de encomio, me decía una tarde en la Maisón Dorée, de Barcelona, que de regreso de México había ido á torear á Valencia, de cuyo público había sido el torero mimado.

—Hice—habla Ricardo—aquella tarde lo que siempre, y lo que siempre me habían aplaudido con entusiasmo me lo aplaudieron entonces con tibieza. ¿Pero qué pasa?, me decía yo mohino, hasta el punto de que ya no pude contenerme y le pregunté á un amigo de barrera á qué se podía atribuir aquella frialdad del público conmigo. «Es que tú no sabes, me contestó, lo que aquí ha hecho *el Gallo* toreando con Pepete últimamente.»

Lo ocurrido en Valencia es lo que luego pasó en Madrid, en Barcelona, en Sevilla, en todos lados.

¿Volubilidad del público?

La psicología de ese consabido «monstruo» no es mi tema en estos momentos, en que me limito á apuntar hechos.

Aparece Joselito, viene la temporada de 1913, y Joselito se manifiesta torero del mismo estilo y condiciones de *Bombita;* pero que, además, torea, y no en esto únicamente aventaja al otro, sino también en ser más copioso, más variado su repertorio, más conocedor de su profesión, excelentísimo banderillero y más breve, ya que no mejor, matador, pues ni uno ni otro como buenos estoqueadores pasarán á la historia.

Tampoco quiero hablar de competencias ni de *baños*, porque no es mi objeto avivar enconos ni hago obra partidista: relato lo que tengo por verdad, y al lector sensato me dirijo, no en defensa de nadie, como no sea del buen sentido que yo creo atropellado por una desatentada campaña, en la que con insidias torpes y procedimientos no siempre confesables se quiere extraviar á la opinión.

Terminó la temporada de 1913, y Ricardo Torres, que en ella tuvo tardes, muchas tardes, en que reverdeció sus antiguos lauros, se despidió de la profesión con todos los honores.

¿Echado por los *Gallos?*

Procediendo como un sabio.

Rico, mermadas sus facultades, muy probado su valor, se le avecinaba un período de lucha desigual, y optó prudentemente por evadirla.

Más pronto ó más tarde ¿hizo otra cosa que repetir la historia de todos los grandes toreros, mejor dicho estaría, de todos los grandes artistas?

De detrás empujan, y los de delante acaban por apartarse y dejar el paso libre á los que vienen con vigor y bríos.

Esto, que todos lo saben, que todos lo piensan ¿cómo lo ignoran unos cuantos más *bombistas* que el *Bomba?*

¿Bombistas he dicho?

Bombistas, pero no del torero, que si por el modo de torear de Ricardo lo hubieran sido, *joselistas* serían hoy, ya que en el *Gallito*, reproducido y muy mejorado, mejoradísimo, se continúan el arte, las maneras, todo, de aquel excelente lidiador como quizás no se haya dado jamás el caso de igual parecido en dos diestros consecutivos.

Lo que una vez más prueba el valor y consistencia de las escuelas en tauromaquia, dicho sea de paso y para no dejar escapar la ocasión. José, discípulo de su hermano Rafael, á quien se parece no es á éste, sino á Ricardo Torres Reina.

Pues bien; una parte del *bombismo* de ayer es *antijoselista* á «ultranza» hoy.

Y tan á ultranza, que la lógica actitud de *Don Modesto*, hoy más *joselista* que *bombista* ayer, es para muchos de los señores del margen una defección ó algo peor.

No quiero insistir sobre este punto.

Imparcialmente, honradamente, sinceramente, no puede haber, para esos señores, más que antigallistas; quien en defensa de los *Gallos* salga es un mercenario, es un venal, es un cínico.

Recapacite el lector sobre el capítulo de subvenciones, sobornos, cohechos, etc., que unos cuantos afirman que existe en el presupuesto de los *Gallos*, y digan luego en la suma que verían disminuídas sus entradas los dos hermanos, teniendo en cuenta que siendo, lo mismo en Madrid que en el resto de España, los revisteros de más postín partidarios suyos, no con un puñado de reales los iban á comprar.

¿No ha oído hablar el lector de 15.000 pesetas entregadas á uno solo?

Pues bien; cosas así se dicen y hay quien de buena fe las cree, y lo que es más buena fe todavía, sin que se les ocurra que si los *Gallos* se valen de esos medios, otros toreros se valdrán también, y que los críticos que los elogian y los semanarios que los difunden con su cuenta y razón será. No, eso no se les ocurre. Ya hemos quedado en que no siendo á los *Gallos*, á cualquier otro se le puede defender imparcialmente, honradamente, sinceramente y... desinteresadamente.

Y no hay manera de apearlos de ahí.

¿Por qué? Porque ahora son los *Gallos* los que están en candelero, y ése, el «iconoclástico», ha sido siempre *sport* favorito de la humanidad, que para la labor de derribar ídolos no ha tenido inconveniente nunca en seguir á cualquier *condottiero*.

Yo no niego, no soy el indicado, no me interesa, que haya toreros que den dinero y revisteros que lo tomen; lo que afirmo es que son muchos los que escriben y hacen crítica tauromaca incapaces de aceptar, no digo ya un billete, ni aun un obsequio, no obstante verter en las cuartillas los más elogiásticos adjetivos en honor de un diestro.

Seguramente habrá quien no lo crea; que esté plenamente convencido de que ese mirlo no existe.

Es una convicción, comprensible, muy comprensible en gente que como mérito supremo en el hombre no reconoce otro que la *viveza*.

¿Qué es el talento si no va acompañado de la *viveza*? ¿De qué sirve?

¿Se concibe, por ejemplo, que escritores que tienen gracia, ingenio, talento, como los que hacen *The Kon Leche*, por entusiasmo nada más sean *gallistas*?

¡Valientes primos serían!

The Kon Leche se hace porque los *Gallos* entregan á kilos los billetes á sus redactores.

Opóngase á esta lógica, á esta mentalidad de rufián, de *vivo*, la honrada, la que aconseja emplear no ya la benevolencia de todo hombre que no se inspire ni en el odio ni en la envidia, que sea buena persona, en una palabra, sino en la que la sensatez impone, y dígase si periódico que ha conseguido el triunfo mayor hasta ahora alcanzado en la Prensa taurómaca, que hace tiradas crecidísimas y deja rendimientos que ni podían soñar sus fundadores, dada la pequeñez de la empresa, necesitan venderse, sacrificar su criterio, por unas pesetas, que no podrían ser muchas, perdiendo una independencia que ya por su posición privada tienen adquirida esos redactores.

Dígase esto y no se habrá conseguido nada. No se habrá conseguido nada porque los que lo contrario propalan ya lo saben perfectamente; pero es reconociendo la verdad como sus campañas pueden dar algún fruto, aunque sea tan efímero y deleznable como el hasta ahora logrado.

Si hay semanarios *belmontistas*, *gaonistas* y hasta *pastoristas*, ¿por qué no los puede haber *gallistas*?

Y si el *gallista* ha querido el público que sea el de más circulación, el que más dinero da, ¿por qué ése y no los otros, que lo necesitan más, ha de ser el subvencionado?

Ni nada me une á *The Kon Leche* ni nada me separa de los otros; ignoro lo que en la administración de todos ellos ocurre; ni defiendo á aquél ni ataco á los demás; opino,

creyéndome libre de todo prejuicio, y á los aficionados sin prejuicios hablo.

¿Que cuál es mi móvil? Uno bien interesado, el de que, ya que de la fiesta de toros somos amantes, nuestro juicio se vea libre de todo aquello exterior y ajeno que venga á perturbarlo, y que lo bueno que con los toros hagan estos á aquellos toreros bueno nos parezca, sin tener en cuenta los trajes que visten, su comportamiento con la familia, su esplendidez ó tacañería; claro que en la medida que posible sea, pues no hay manera de exigir que se despoje el espectador en absoluto de la simpatía ó antipatía que personalmente le inspire un artista.

Pero sean esta simpatía ó antipatía espontáneas, no ingeridas y menos creadas por la insidia y la calumnia, que es lo que yo, porque sí, crea el lector que no hay otra razón, trato de destruír.

No, no es un quijotismo; es que á una conciencia recta la rebela la falsedad y la mentira.

¿No ha oído el lector, no lo ha visto impreso, que Joselito lleva á la plaza no sé cuántos cientos ó miles de espectadores, pagándoles la entrada por lo menos, para que lo ovacionen, pidan la oreja de los toros para él y lo saquen en hombros?

Dejemos á un lado la cuestión económica; cientos de entradas valen cientos de duros, y miles, miles, y fijémonos únicamente que la misma tarde que José alcanza ovaciones, oreja ó salida en hombros, el público en masa pide que se vaya Rafael ó lo abronca y lo increpa.

¿Qué hacen esos ganapanes, entonces, que no protestan y salen en defensa del *Gallo*, aun en tardes en que la severidad excesiva de una parte del público desconcierta y pone fuera de sí al torero poco afortunado?

¿Es que esas papeletas no son por cuenta de los dos hermanos?

Conteste el mismo lector y, una vez más diga el crédito que merecen ciertos decires y escribires.

II

Los «Gallos» contra Belmonte.—La escuela rondeña... y un poco de clasicismo.—Pineda y «Juanillón»; pero aquí está Juan Manuel.

De Juan Belmonte he dicho en otro lugar (1), y perdone el que leyere la autocita lo que en éste viene como anillo al dedo:

«Belmonte es, además de Belmonte, quiero decir, además de un lidiador excepcional, ejecutante maravilloso y emocionante de varios lances, el anti-*Gallo*. Apareció en plena apoteosis gallista, cuando ya llegaba á su ocaso el sol de *Bombita*, y en él saludaron los *bombistas* al vengador, porque para éstos Ricardo Torres no desapareció de la arena por natural descenso de sus facultades ó por cálculo de hombre que ve sus aspiraciones colmadas, sino echado por un toreo de *pegolete* y *trinchera:* ¡el toreo de Rafael Gómez *el Gallo!*

»Y se reproduce en la historia por segunda vez, y con mayores agravantes todavía, el caso que se dió en las postrimerías de *Lagartijo*, de que los partidarios de este torero engrosaran las filas del *esparterismo* y se pusieran frente á *Guerrita*, que era, en algo, el continuador del toreo del gran Rafael, mientras que el «pobrecito» Manuel nada tenía que ver con el fundador de la «solera» cordobesa. Esta vez los partidarios de *Bombita* se hacen belmontistas!!! y son antijoselistas no obstante ser el toreo de José aumentado, corregido y mejorado, el mismo de Ricardo Torres, por lo menos en lo que á su base se refiere.

»Con el partido *bombista*, que es de donde han surgido los más furibundos belmontistas, y con los miles más, etc., etc.»

¿Tuvo tiempo José, especialmente José de los dos hermanos, de romper las hostilidades contra Belmonte, cuando apenas aparecido éste, ya el *bombismo* y el *belmontismo*, es

---

(1) *Los Reyes del toreo: Juan Belmonte.*

decir, el *antigallismo*, se lo colocaron en frente, retador y en son de guerra?

Como el enemigo no era un loco ni un indocumentado, sino todo un *fenómeno* de hecho y de derecho, los *Gallos*, diríase mejor el *gallismo*, le concedió beligerancia, y José y Juan, uno frente al otro, en el terreno profesional, colocados quedaron.

Aquí sería curioso indagar la parte que en esas luchas, en esas contiendas, en esos antagonismos, que con el nombre de competencias tantos momentos de entusiasmo han proporcionado al espectáculo en todos los tiempos, han tomado los protagonistas, los verdaderos actores, los propios competidores, en una palabra.

Y no estaría de más tampoco averiguar la razón de ser de tales competencias.

Pedro Romero contra *Costillares* y *Pepe-Hillo*, pase. Eran las escuelas rondeña y sevillana, que entonces acababan de nacer y existían en pugna. Entre *Cúchares* y Redondo concebible es todavía la lucha; más que dos escuelas, ya entonces en el comienzo de su fusión eran dos temperamentos los que combatían. En el *Tato* y el *Gordito* es la enemistad la que los lleva á la pelea, azuzados por un lado por sus propios banderilleros, el *Cuco* á la cabeza, y por sus partidarios por otro.

Lagartijo y *Frascuelo* no compiten. Desde su primer encuentro en las corridas del Corpus de Granada de 1868, segunda tarde, en que empieza una brega que había de durar veinte años, uno en el otro ve un estímulo, y ambos hacen cuanto pueden y saben, convencidos los dos de que cada cual está en su puesto y que de él no hay quien lo mueva. El público, dividido en dos bandos, es el que se empeña en que tal competencia exista; el público, que gusta ver espoleadas sus pasiones, es el que crea la quimera de esos antagonismos, y con el mejor deseo los fomenta, los irrita, cuando no basta el chisme, con la calumnia que uno inventa y todos propalan.

Eso ocurría ayer, eso se repite hoy. José y Juan no tienen por qué competir ni por su gusto lo harían, convencidos de la esterilidad de un esfuerzo tras del cual Belmonte seguirá siendo Belmonte y Joselito Joselito. Pero detrás de ellos están sus partidos; con esos partidos uno y otro tienen compromisos contraídos, deudas de gratitud, y el amor propio exige no defraudarlos en absoluto... y la competencia persiste... y trae sus consecuencias...

Si el hombre no fuera tan vulnerable á la adulación y al halago, y el que lo tiene se rigiera por su criterio, ¡cuántas cosas feas unas, inútiles otras, perjudiciales muchas, dejarían de hacer los mimados de la fortuna, sean toreros ó rentistas!

Pero como el hombre es vulnerable á la adulación y no es el adulador el mejor consejero, de ahí que se entablen en ocasiones competencias sin objetivo práctico para los combatientes, algo de lo que les pasa á los gallos de pelea; pero con gran beneficio para lo que llamamos autonomásicamente «la afición», que si no se apasionara, que si no se dividiera en bandos, languidecería y hasta correría riesgo de muerte.

No combato, pues, las competencias, ni por estériles que sean para los fines inmediatos á que parecen destinadas al aceptarlas como un *match* entre pugilistas ó corredores ó cualquier otro ejercicio ó *sport* en que el *record* es batible, cosa que en el toreo no puede ser ni aun *handicapeando (sic)*, á los diestros, no las censuro. Me parecen un elemento estimulante, de suma importancia para caldear los ánimos, y todo lo que venga á acrecer el entusiasmo de los taurófilos me parece muy bien.

Desviar ese entusiasmo y ponerlo en cosas ajenas al toreo, aunque á los toreros se refieran, ya no me parece tan bien.

Difamar al hombre para perjudicar al artista, tratar de ponerlo en evidencia ó en ridículo, y no siempre por sus actos auténticos, sino por los que les atribuye la enemiga, el rencor ó la envidia, eso ya lo encuentro absolutamente canallesco, y hasta ese punto no creo lícito que deba llegar la oficiosidad, el cariño, el entusiasmo, el interés ó lo que sea, del partidista.

Ridículo, y nada más que ridículo me parece verbigracia, que unos cuantos revisteros queriendo disfrazar su fobia con un respeto á la tradición, á la pureza tauromacas, preten-

dan probar que Joselito el *Gallo* no sabe torear. Eso no pasa de ser una ridiculez, y nada he de oponer á ello; cuando José una tarde y otra, entre aplausos, entre aclamaciones, acabe sus faenas, aun sin conocer *La vida es sueño*, dirá como Segismundo: «¡Vive Dios que pudo ser!», y ya están contestados los maestros y sesudos «homes», muchos de los cuales, por su parte, podrían, con su propia labor como escritores, comprender que se pueda hacer una cosa sin saber cómo se hace. Ahora, lo que pasa es que ellos lo hacen mal, no obstante existir gramática y hasta una Real Academia de la Lengua, y José lo hace bien. Es la única diferencia.

El *rondeñismo* es el Cristo desenterrado y sacado á relucir en estas circunstancias y juntamente con el *clasicismo;* están haciendo su camino sin que salga á atajárselo el buen sentido, pues ni existe tal «escuela rondeña» hace ya muchos años ni el «clasicismo» ha podido ser nunca escuela en tauromaquia.

Hablar de rondeñismo, de clasicismo, es hablar en camelo, y camelo tan grande como el de esas célebres danzas antiguas y también clásicas de las que hay hoy especialistas. Reconstituir un baile de hace dos mil años por una actitud de bailarina dibujada ó esculpida es, por lo menos, tan formidable labor como la de un Cuvier, y no creo yo que los Cuvieres coreográficos vayan á porrillo por ahí.

Ríase el lector, se lo ruego, cuando le hablen de rondeñismos y clasicismos. El toreo no puede estar sujeto á escuelas.

Hubo un momento, aquel en que la tauromaquia de deporte se convirtió en profesión, en el cual pudo suponerse que las dos tendencias que inmediatamente se manifestaron habían de transformarse en dos escuelas. Recuerde el aficionado que casi al mismo tiempo que Francisco Romero, auxiliar de caballeros en las fiestas de toros que por entonces se celebraban, se convertía en lidiador profesional sobre la base de las enseñanzas que su secundario papel en el coso le habían proporcionado, aparecía Manuel Bellón *el Africano* con un toreo intuitivo, indisciplinado, en el que todo era lícito con tal que hubiera gallardía, habilidad, gracia, valentía; toreo que sin duda nació en el sorteo de reses en el campo y que no se atenía á reglas y principios.

Para los diestros de Ronda persistía la limitación que su antiguo oficio de auxiliadores les imponía, hasta el punto de que habiendo adoptado para matar toros la suerte de *recibir*, res que no se prestaba á ello no había manera de estoquearla, siendo preciso que viniera *Costillares* á discurrir lo que Mahoma pensara mil años antes, que «cuando la montaña no viene á nosotros», etc., é inventó (!) la estocada á volapié.

Pasadas esas figuras, poco á poco las dos escuelas se van fundiendo y el arte de torear ensanchándose, hasta que con Francisco Montes sufre la transformación completa, y en lo sucesivo no hay ya ni rastros de las dos tendencias, hasta tal extremo la fusión es absoluta.

Si hay rondeños, Manuel Domínguez, *Bocanegra*, y algún otro se llaman tales, lo son *a fortiori;* falta de ligereza, de facultades, de elasticidad, de gracia, les obliga á defenderse con una seriedad que antes, como ahora, no es del gusto de la afición. Esa es la fija.

Tan fija como hablar de escuelas es una tontería.

Que un torero pare ó se mueva, he dicho antes de ahora, que sea sobrio ó copioso, que se adorne ó que no lo haga, depende únicamente de su temperamento, de sus facultades, de lo más ó menos «que le haya entrado el toreo en la cabeza», y en modo alguno de la enseñanza recibida ni mucho menos de la disciplina impuesta.

En los tiempos en que una y otra enseñanza y disciplina tratábase de inculcar; en los principios de la tauromaquia, y cuando eso de las escuelas podía tener algún valor, discípulo tan allegado á Pedro Romero como su propio hermano Gaspar, porque á ello le obligaba su temperamento, era «sevillano» en su modo de torear.

Montes, el gran *Paquiro*, que recibió lecciones del propio pontífice de la «escuela rondeña», señor Pedro Romero, todo el

mundo sabe que fué no tan sólo partidario de los lances de adorno, sino que una verdadera notabilidad en los «galleos», de los que tenía un repertorio variado; que en la «verónica» (invención del sevillano *Costillares)* era sobresaliente; que ejecutaba con maestría la suerte de «frente por detrás» (invención del sevillano *Pepe-Hillo)*, y la «suerte al costado», la casi «gaonera» de hoy; que saltaba con la «garrocha», al «trascuerno», etcétera; que enriquecía la lidia con detalles vistosos, hasta el extremo de que Teófilo Gautier cuenta en su *Viaje por España* que la tarde que le vió torear en Málaga, aquella tarde en que se jugó precisamente el toro «Pajarito», al que el gran escritor francés llama «Napoleón», las señoras se dirigían al torero de Chiclana y le pedían que hiciera por ellas «alguna cosita», y la «cosita» era hecha galantemente y con general aplauso.

Francisco Montes, como todos los grandes lidiadores antes y después de él, practicaba la escuela que él fundó, que no diremos que fuese la «chiclanera», porque inmediatamente detrás de él, salido de su misma cuadrilla, banderillero suyo predilecto, vino José Redondo, que siendo igualmente de Chiclana, y el *Chiclanero* de apodo, ya difirió de su maestro en el modo de torear. ¡Como que tenía otro temperamento y otras facultades!

Cúchares, discípulo de la Escuela de tauromaquia de Sevilla, y que por lo tanto recibió las lecciones de Pedro Romero también, fué un torero atrabiliario, que mixtificó todas las suertes, y con gran defensa para él, lo hacía todo y en todo lograba entusiasmar al público.

Sus grandes recursos, su intuición, su vista, su picardía, no eran ni sevillanos ni rondeños: eran cosas suyas, peculiarísimas, y con ellas se fué al otro mundo.

Con *Lagartijo* quísose en su tiempo dar origen á una cuarta ó quinta escuela: la escuela cordobesa. Pero apareció *Guerrita*, cordobés también y diestro excepcional igualmente, ¿y cómo afirmar que *Guerrita* fuese el continuador de *Lagartijo*, al lado del cual había aprendido mucho, sin embargo?

Con muy buen acuerdo, la escuela se convirtió en «solera cordobesa», y en eso ha quedado, aunque por el camino que lleva hasta eso va también á desaparecer.

Ríase el lector de las escuelas, se lo vuelvo á suplicar, y cuando *Hache* y *Relance* y todos los de su cuerda saquen el metro, el compás, la escuadra y demás instrumental preciso para sus críticas, háganme el favor de decirles que el espectáculo nuestro no tiene antes ni después.

Los toros son una fiesta cuyo único fin es divertir á la concurrencia dándole la sensación de la tragedia, inmiente siempre y siempre alejada, y cuanto con más guapeza, con más alarde y más gracia y arte esa sensación se dé, tanto mayor es el mérito del diestro. Después de esa sensación ya no queda nada.

Es decir, sí que queda: quedan las tabarras técnico-insidiosas, de que Dios nos libre, y yo te aconsejo á ti, lector, que te libres, por lo menos, si las leyeres, no haciéndolas caso.

Pero, en fin, habíamos dicho antes que todo esto era simplemente ridículo, y en eso estamos.

Sánchez de Neira, no sabiendo ya qué criticarle al Guerra, le criticó en una ocasión el que se dejara coger por un toro ¿se dejara? el que un toro le cogiera sin dejarse él.

Después ha sido un mérito el poder ostentar muchas cornadas en el cuerpo, y más tarde todavía, sobre eso, sobre las cornadas, se ha fundado la nueva «escuela rondeña emocionante», de tanta aceptación en estos momentos.

Todo es circunstancial en la vida.

De buena ó de mala fe, como sea, esa forma de atacar á un diestro, ridícula ó pueril, grave ó trascendente, está en su punto, puede emplearse si al artista, y en el ejercicio de su profesión, es lo que se censura, y aunque la pasión, la inquina, asome la oreja, nadie es tan dueño de sus sentimientos que sea capaz de conducirlos siempre por el camino de la razón y de la justicia. La ecuanimidad, más que una virtud de real y positiva existencia, es una aspiración humana; otro tanto ocurre con la imparcialidad. Por lo mismo yo ni las exijo en los otros ni las reclamo en mí:

ser sincero es lo único que me preocupa y es lo único que pediría á los demás.

¿Y lo son siempre algunos caballeros en esta campaña contra los *Gallo?*

No ha mucho leía yo en cierto semanario lo que en Sevilla había pasado al querer Pineda, el apoderado de Rafael y José, imponer á Juan Soto, *Juanillón*, como representante de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid en la capital andaluza.

El hecho, si es verdad y puede que lo sea, no se consideraba como un acto de amistad ó de protección de los dos toreros hermanos hacia persona de su afecto y estimación, no. *Juanillón* era colocado en ese puesto para escoger las corridas que más pudieran favorecer á Joselito y perjudicar á Belmonte.

Comprender esto Juan Manuel é imponer á su vez á Domingo Ruiz fué obra de un momento.

No sé, ni me interesa, quién de los dos opositores se habrá llevado la breva; lo que yo he querido al señalar el caso es hacer una pregunta más al lector sensato:

¿Qué toros hubiera escogido *Juanillón* para favorecer á José que no hubieran favorecido igualmente á Juan?

Si no existiera el sorteo de las reses, aun cabría la suspicacia; ¿pero si los toros se sortean y no sabe nadie el lote que le va á tocar?

Es de suponer que *Juanillón*, de poderlo hacer, habría escogido para su torero reses de casta brava y suave, recortaditos y de no muchos pitones.

¿No son esos mismos los toros que Domingo Ruiz apartaría para Belmonte?

Claro que si la competencia quisieran ambos diestros que fuera efectiva y en ello estuviera empeñado su amor propio, más predilección que por los Saltillos, Murubes, Guadalest, Santa Coloma, etc., debiera tener José por las ganaderías duras, con cuyos productos puede y muy desahogadamente, y no siempre con ellos habían de estar bien los que con él tratan de competir.

Pero no ha dado todavía señales de esa preferencia Joselito, y es lógico pensar que *Juanillón* no habría apartado Miuras, Urcolas y Romeros para su protector.

Igual, exactamente igual que Domingo Ruiz.

De esta consistencia y empuje son la mayoría de los cargos que contra los hermanos Gómez Ortega se hacen.

Para muestra basta un botón. Llamo la atención del aficionado sensato sobre ellos, y ni me paro á enumerarlos ni á rebatirlos tampoco.

Recuerde y comente por sí mismo todo lo que en corrillos, mentideros, peñas y periódiquines se ha dicho y dice de la furibunda guerra de José contra Juan, y con un poco de sentido común y otro de buena fe habrá logrado poner las cosas en claro y hallarse al cabo de la calle respecto á quiénes son los que proclaman con saña, si José y sus partidarios, ó Juan y los suyos.

III

Por qué no es «as» Gaona.—Flores á Carabanchel.—El compañerismo de los «Gallos».—La infamia de Pilas ó la cogida de «Rosalito».

El lector está enterado de la inicua campaña que está haciendo José contra Gaona.

Gaona no es *as* porque el *Gallito* se lo veda; le ha puesto la proa y no le deja pasar.

Cualquiera, pensando lógicamente, diría que antes de que apareciera Joselito Rodolfo ha tenido tiempo suficiente para colocarse en el puesto que aspira; es más, que cerca de él anduvo, y no fueron ciertamente los *Gollos* los que le impidieron encaramarse. ¿Por qué no lo consiguió? ¿No será porque el mismo diestro mexicano se echó para atrás?

No voy á decir que ya que entonces ó no pudo ó no quiso ahora se le deba impedir que lo logre. No, no voy á decir eso, porque, lo repito, yo quiero que sin agravio á la verdad y sin incurrir en los procedimientos que censuro queden las cosas en el lugar que les corresponde y la razón del lado de quien la tenga.

Gaona es un excelente torero; de él tengo dicho hace años y repetido el anterior que sólo le faltaba querer, sin intermitencias y

por espacio de algún tiempo, para que su figura se pusiera al nivel de las primeras; pues si bien no es un torero en la acepción más absoluta de la palabra, es un ejecutante de las suertes maravilloso, de actitudes elegantes y de estilo perfecto.

Si es verdad que ahora *quiere*, yo no puedo menos de celebrarlo; pero en la forma de *querer* lo veo equivocado.

Las competencias no se provocan, nacen espontáneas; es más, como en páginas anteriores he dicho, á veces existen á espaldas casi de los actores; es el público el que los crea y los estimula, y para él tan sólo tienen vida real.

Gaona, sin proponérselo, habría competido con José; el año pasado mismo así ocurrió, y no hay para qué hablar del resultado; lo que Rodolfo no ha debido hacer es provocar, es retar al que él considera su contrincante en esa competencia.

Yo no creo en los números unos, en los primeros, en ninguna manifestación del arte, como no exista una distancia enorme entre esos números unos y los que le sigan; en tauromaquia, además, no puede haber campeonatos: ningún diestro posee el *record*, como no sea de corridas ú orejas, y por lo tanto no se le puede arrebatar otro.

¿Qué interés va á tener, por lo tanto, un torero en aceptar la contienda con otro que pretende avanzar en su profesión por ese camino?

No ya la prudencia, el sentido práctico, le aconsejará rehuír la pelea.

Entre Joselito y Rodolfo, ¿quién ocupa puesto más prominente en la consideración de los aficionados?

¿No es Joselito?

¿Pues qué irá ganando éste si vence en la lucha á Rodolfo?

¿Y va á exponerse, impulsado por la soberbia, á que una tarde ó dos ó diez quiera la casualidad que Gaona se vea favorecido por la suerte y le dé el *baño*, como ahora se dice?

Gaona, porque es el retador y esto sólo ya le obliga, en cuantas corridas toree con José debe ir á jugarse el todo por el todo. Eso entra en sus conveniencias. ¿Y José debe prestarse al juego de Rodolfo? ¿En nombre de qué? Conteste el lector por mí.

Ignoro si es verdad que el *Gallito* se niega ó evita torear con Gaona. Yo creo que en su caso otros muchos lo harían. ¿No se dijo también que el propio Rodolfo ponía el veto á Vicente Segura y á muchos de sus compatricios para que no empañaran sus triunfos en su país con una casual derrota?

Tampoco sé si esto es cierto; pero igualmente lo encontraría humano.

En resumen: Gaona no es *as* porque no ha puesto todo su empeño en serlo; Gaona se ha equivocado en el procedimiento seguido para luchar con Joselito, y suya, del diestro mexicano, es la culpa si esa competencia que desea no está ya entablada. No tenía más que esperarla y no buscarla, así...

Pero no es sólo el notable torero mexicano el que se ha visto perseguido por el temor del *Gallito*, que, sin embargo, para que vean ustedes lo que son las cosas, lucha impávido con el fenómeno Belmonte. José, también lo he leído en alguna parte, es el responsable de que Flores no figure en el cartel de abono de Madrid. Sólo así se ha explicado alguien, después de los éxitos buenos que el diestro valenciano tuvo á principios de temporada en Carabanchel, que no lo haya contratado Echevarría para su plaza.

Esto es bufo, dirá el lector; bufo y algo más.

¡Pero hay que ver las caras que ponen los que aquello aseguran! Caras en que el convencimiento se retrata juntamente con la indignación, y que le quitan á uno las ganas de contradecir.

¡Y que se les contradiga!

—¡Qué sabe usted! ¡Qué sabe usted!— replicarán con aire entre misterioso y aterrorizado—. ¡Si todo pudiera decirse!

Y Joselito, un chiquillo de veinte años, y Rafael, el que hasta hace dos ó tres años era el mayor infeliz que ha vestido taleguilla, según la misma gente aseguraba, se convierten en dos seres tenebrosos que contra todo y contra todos conspiran, no para disfrutar tranquilamente una supremacía, que si la tienen han debido ganar con su labor y su esfuerzo, sino para seguir *haciéndolo* y satis-

facer al público una tarde y otra, so pena de llevar su merecido si no lo hacen; ahí está Rafael que no me dejará mentir.

Esas intrigas, esas confabulaciones, esas conjuras, ¿para qué sirven y de qué mal les curan?

Achacárselas es confundir la tauromaquia con la política y hasta con la literatura, ó, por lo menos, una gran figura con una medianía.

Para destacarse y ser primate en el toreo hay que ganarlo en el coso y frente al toro; si las intrigas, si los bombos de una prensa afecta, si los apoderados vivos bastaran, coadyuvaran en los grados que muchos creen ¿para qué citar nombres? muchos toreros retirados torearían aún, y otros que se lamentan por suponerse postergados, desde la cumbre, ellos á su vez, dictarían leyes.

Pero no pasa eso; al público no se le compra ni admite otros halagos que la labor de su gusto, y el que arriba está y arriba se sostiene, por el tiempo que sea, es que durante ese tiempo ha dado y da gusto al «monstruo».

Frascuelo, que de eso debía hallarse bien impuesto, dijo al retirarse: «Me voy antes de que me echen.»

Ese, ése es el público en general y el de toros en especial. Al que no se va á tiempo le dan el empujón. Y de empujones está llena la historia.

Pues bien; si esto es así, y no es de otro modo, ¿de qué habían de servirle á José el *Gallito* todas las malas faenas que se le cuelgan?

Si de nada, absolutamente de nada, ¿no es más probable que sean, por el contrario, otros, sus contrarios, los que hagan uso y empleen procedimientos que para ellos tendrían cierta eficacia y ninguna para los *Gallos?*

Enemistar á estos toreros con la opinión, crearles antipatías, hacerles odiosos, en una palabra, puede convenir á determinados diestros que tal vez sopongan un obstáculo en su avance la primacía de aquéllos, ó por lo menos, porque la severidad con que la afición tratase á los *Gallos*, para los otros, para los que están por debajo de ellos, acaso se trocase en indulgencia.

En cambio, hablemos de Joselito sólo por su juventud y su toreo; ¿es posible que en todos los toreros que hoy actúan, incluyendo á los principiantes, vislumbre él al que pueda hacerle sombra? ¿Los vislumbra el lector?

Dejemos á un lado á Belmonte y Gaona, que nada le pueden quitar á José, como éste nada á ellos. Si en el *Gallito* hubiera recelos, temores, desconfianzas, ¿estarían justificados?

Recuerde el lector que Belmonte tiene veintitrés años, Gaona veintisiete y Joselito veinte...

Decididamente hay que esperar todavía unos cuantos años más para hablar de esos recelos, envidias y temores.

Si Joselito viera hoy turbado su sueño y amargadas sus vigilias con esas preocupaciones, habría que compadecerle: ó estaría enfermo, un caso más de neurastenia, ó él mismo ignoraría lo que hace y puede con los toros y cuál es su puesto en el toreo actual.

Y como sobre esto bastante hemos hablado, vamos á decir dos palabras sobre la infamia de Pilas ó la cogida de *Rosalito.*

Rosalito, en una corrida benéfica en la que nadie cobraba nada, y que se celebró en Pilas en este mismo año, le pidió á José que le cediera un bueyancón de D. Félix Suárez, antes de Lozano, de Priego, por haber matado ya *Gallito* otra res.

Se lo cedió Joselito; el bueyancón cogió á *Rosalito* y murió el novillo á manos de la cuadrilla del primero, que en estoquear al de Suárez es de creer que no viera ni honra ni provecho... y aun voy á conceder que riesgo.

Estos hechos han bastado para que semanas enteras se haya comentado la conducta de José del modo más severo.

El lector aficionado sabe que eso de ceder toros en esa clase de fiestas es costumbre establecida y corriente; si esa tarde *Gallito* no se hubiera prestado á ello, tal vez también se le habría censurado la falta de compañerismo...

Se ha dicho que el novillo era un marrajo enviado ex profeso para el menor de los *Gallo* por D. Félix Suárez. Tampoco lo creo. Porque yo no creo que los ganaderos conozcan las intenciones de sus toros. El señor Suá-

rez, todo lo más que sospecharía es que la res fuera mansa, dura y bronca, porque de esa índole son, en su mayoría, las que en su vacada proceden de la casta de Lozano, de Priego.

Así resultó ésta; *Rosalito* se ofreció á matarla, y Joselito, que toreaba gratis y ya había hecho *lo suyo*, como Rafael, su hermano, y *Machaquito*, le pareció muy bien que el novillero se buscase su cartel con el bicharraco, seguramente sin pensar que iba á encontrarse con una cornada.

Hablar de premeditación, de alevosía y de ensañamiento es seguir dándole gusto á la lengua y haciendo campaña desatinada y á la postre contraproducente.

IV

Joselito y los ganaderos. — Los «Gallos» y las Empresas.—¡Desgraciadas!

Joselito, como la inmensa mayoría de los toreros, los de hoy y los de antes, prefiere los toros de casta brava y suave á los de otras castas.

Pepe-Hillo les había puesto el veto á los castellanos; de Montes, *Paquiro*, anda impreso por ahí un documento auténtico en el que el gran maestro de Chiclana afirma haber toreado muchas reses de tres años y ser las de esa edad de lidia; *Lagartijo* y *Frascuelo* preferían las ganaderías andaluzas á las de Colmenar. Y si Salvador lidiaba muchos toros de D. Vicente Martínez fué cuando con dicho ganadero contrajo una gran amistad; *Guerrita* no quería verlos; *Bombita* y *Machaquito* propusieron lo de honorarios dobles las tardes en que se jugaran bichos de Miura...

El toro grande, duro y difícil, pues, no ha sido nunca el favorito del lidiador, digan lo que quieran los que se figuran que eran otra casta de hombres los que al oficio de torero se dedicaban en otra época.

Joselito no los apetece ahora tampoco esos toros con tipo, poder y armamento, ni Pastor, ni Belmonte, ni Gaona, ni ninguno...

De *Guerrita* se dijo que había hecho que los ganaderos achicaran los toros; de Joselito no se ha podido decir eso todavía... No hay tiempo.

Lo que se dice es que exige toros de casta suave y pequeña.

Y yo digo que está muy bien.

Si esas reses se han de lidiar por alguien, debe ser por los buenos toreros.

Empresas y toreros, ¿no tienen como ambición suprema el que el público se divierta?

Excepto los «aficionados inteligentes», ¿hay alguno que se divierte viendo á un buen torero, llámese *Gallo*, llámese Fuentes, llámese Belmonte, pasando las *morás* con un ladrón que gane en poder al diestro y lo lleve de cabeza?

La contestación la doy por recibida, y de conformidad con ella sigo pensando, y en mal aficionado pidiendo, toros bravos y nobles para los que saben torear, que con toros así esos toreros hacen lo que *Gallito* ha hecho en las últimas corridas, esto es: sacar de quicio á la multitud, que no tiene en cuenta la nobleza, poco poder y bravura de las reses para llegar al rojo en su entusiasmo.

Lo confieso ingenuamente: cuando en un cartel leo el nombre de Saltillo, Murube, Santa Coloma, Parladé, y para habérselas con ganado de esta procedencia figuran en el mismo toreros secos, matadores de toros, en una palabra, lidiadores para los que la bravura de las reses es un estorbo, me duele el hecho y considero una lástima que se empleen tan mal reses que tan buen empleo podían tener.

¡Y digan lo que gusten los «buenos aficionados»!

Los toros de casta noble y brava, para los buenos toreros; los toros duros y de poder, para esa otra categoría de lidiadores de poder y duros ellos igualmente, en los que el mérito reside precisamente en la emoción que producen con su alarde de valor y facultades.

Y eso sería lo equitativo, y eso lo que realzaría á la fiesta y evitaría decepciones en el público. Lo demás es hablar en «buen aficionado» de lo que Dios nos libre.

Refiriéndome á Rafael también, pero lo mismo puede afirmarse de todos los buenos

toreros, he escrito y no he variado de opinión luego:

»¿Es que también á los toreros se les ha de clasificar en espadas de fuerza, de medio carácter y ligeros, como á los tenores? Perfectamente; puesto que esas tres categorías existen y el público las conoce. En tarde que se jueguen reses de Murube, Santa Coloma, Saltillo ó similares, estoqueadas por Vicente Pastor y el *Gallo*, ¿cuál de los dos diestros hará concebir mayores esperanzas? El *Gallo*. ¿Y si se trata de toros de Miura ó Pablo Romero? Vicente Pastor; ó por lo menos Vicente es el que tiene más obligación de hacer «lo suyo» con tal ganado, por sus facultades, por su manera especial de torear ó de lo que aquéllo sea; porque si filigranas con él no ejecutase, con ningún otro se los exije tampoco la afición.

»¿Es decir que yo preconizo que unos se fumen las brevas y sean para otros las tagarninas?

»Las brevas para quien sepa saborearlas y entienda de aromas y vitolas, y á quien no, si la gran cuestión es echar humo, ¿qué más le da que sean tagarninas.»

Tal vez, si tratándose de Rafael haya quien esté conforme con mis teorías, al tratarse de José ya no pase por ellas.

»José, la opinión es unánime, puede con todos los toros, lo mismo con los mansos que con los bravos; igual con los suaves que con los duros; pero como no es especialista en *bueyes*, como *Bombita*, luce más con los que embisten. ¿Es esto cierto? ¿Estamos conformes en que Joselito con un toro bravo y noble puede desarrollar mejor su toreo? Pues toros bravos y nobles con él.

¿Que él los pide? Hace muy bien.

Colocados en su puesto todos le imitarían, y él, á su vez, no hace más que imitar lo que aquellos de su categoría han hecho precedentemente.

La lamentación de los que con una lógica acomodaticia opinan lo contrario es antigua. Yo la conozco desde los tiempos de *Lagartijo* y *Frascuelo*. Repase el lector los periódicos de cualquier época y se convencerá de ello.

Currito, en ese tiempo á que me refiero, no tenía ni más cartel ni más misión que la de matar todo lo que los otros no querían.

Porque en la materia debían ser muchos los abusos, se impuso el sorteo.

No puedo, pues, aceptar como sincera la indignación que en muchos parece producir, no ya el que Joselito, si se lo permiten las circunstancias, exija las reses apañaditas, cuanto más terciadas mejor, porque eso es lo que han exigido siempre cuantos han podido, y exactamente lo que exigen ahora cuantos pueden.

La historia habla de que Pedro Romero, al organizarse una célebre corrida con toros castellanos, manifestó al corregidor que, en contra de lo que *Pepe-Hillo* pretendía, él se hallaba dispuesto siempre á matar «todos los toros que pastasen en la tierra».

La historia no viene á mencionar otro caso.

Es muy posible que esa conducta de los primates sea inmoral.

Muchas veces he pensado yo que tampoco es moral que en los trenes haya tres clases de coches, y que en Madrid, Barcelona, etc., siendo el frío igual para pobres y ricos, haya casas con calefacción y otras sin ella. ¡Suerte que tienen algunos!

¡Qué se le va á hacer!

Y puesto que ya sabemos lo que los *Gallos* quieren de los ganaderos, vamos á ver ahora lo que exigen á las Empresas.

Bastaría con decir que son las mismas que han tenido y tienen los que con su cartel les han dado y dan dinero.

Piden una parte proporcional de esos beneficios que con su cartel les facilitan y todas las ventajas que en cualquier profesión obtienen los que sobresalen.

Las pobrecitas Empresas tienen que contenerse y pasar por el aro, «tragar el paquete», como en el *argot se dice;* pero es porque pasando por el aro y «tragando el paquete» se hinchan de ganar dinero, no sólo porque con los grandes toreros se les llena la plaza, sino porque además, apoyándose en las exigencias de aquéllos, aumentan los precios, abu-

sando de la candidez y expectación públicas, del público, vamos.

Los que más cobran y los que más exigen son los *Gallos* y *Belmonte;* á ver qué Empresa los sustituye por los tres que les siguen en cartel: Pastor, Gaona, y pongamos Posada, que no cobran tanto y no son exigentes. Y si hay una que lo pruebe, que diga luego los resultados.

¡Pobrecitas empresas, desgraciadas!

¡Mire usted que pagar 7.000 pesetas á cualquiera de los tres toreros primeros y además tenerles que contratar á diestros amigos y comprar los toros que ellos quieran!

No, no lo hacen porque les convenga; lo hacen porque, como al personaje de marras, les gusta que les den con la badila en los nudillos.

Quéjese el público, que es el que paga los vidrios rotos, proteste de que exploten su afición toreros y Empresas; pero no por afán *iconoclástico* se ponga al lado de los empresarios, que, créalo, en la intención por lo menos, lo mismo pretenden exprimir el limón en lo que al aficionado se refiere que en lo que se refiere al torero.

Tampoco las censuro.

Aquí no se censura á nadie.

Hacen bien los empresarios si yendo á su negocio se aprovechan de todas las circunstancias, que á eso están; pero que luego quieran pasar por víctimas, á eso ya no hay derecho, que dicen los vecinos del héroe de Cascorro.

A muchos del gremio he oído decir que *Guerrita* era el torero más barato, con ser el que más cobraba y más cosas exigía.

¡Como que llenaba las plazas!

Esa, ésa es la verdad, y lo demás percheleras.

¡Y si no, venga la unión de empresarios, y á *boicotear* á los caros y exigentes!

Ahí están á docenas los diestros modestos y sumisos.

¿Por qué los abandonan? ¡Por qué no los catan!

Por eso nada más, porque son modestos y sumisos... y porque el público no los traga si no es embuchados.

¿Por qué no hemos de decir las cosas tal y como son?

¿Por qué ese placer en desquiciarlo todo?

¡Las Empresas víctimas de los *Gallos!*

¡Desgraciadas!

V

Cómo ganan el dinero los «Gallos».—El toreo de ventaja y las ventajas del toreo.

Cómo ganan el dinero los hermanos Gómez yo creo que el lector lo sabe.

Toreando mucho y bien, poniendo á contribución su inteligencia y su arte para dar gusto al público.

Eso es lo que el público en general y yo suponemos; pero otra es la verdad, según lo que afirman los que en todo saben descubrir, penetración poco envidiable, el fondo cenagoso unas veces, deplorable siempre.

Yo no sé si valdrá la pena de rectificar á esos señores; además se corre el riesgo de incurrir en destemplanzas de lenguaje que yo me he propuesto no emplear, porque, lo repito, no me preocupa, ni es mi objeto en estas páginas, la defensa de personas, y mucho menos si para ello he de necesitar ofender á otras; yo he querido, al escribir este folleto, contribuir á que la verdad, falseada por lo menos, quedase en su lugar, no en bien de los hermanos *Gallos*, sino de la «afición», de nuestra fiesta, que es realmente perjudicada.

Yo tengo en estimación á Rafael, á José, como á Belmonte, como á Gaona, no por lo que en la vida ordinaria son, porque en la vida ordinaria no me interesan; los estimo como actores, como artistas de un espectáculo, que ese sí me interesa muchísimo, es el que más me interesa entre todos; si otra cosa supone el lector, si otra cosa sospecha, se pasa de listo, palabra.

Por estas razones no sé si debo descender á una controversia en que hechos privados son los que se debaten. Diré únicamente que á lo que se ha dado en llamar toreo por fuera es á lo que se pretende atribuir el encumbramiento de los toreros hermanos, y claro que

en todo lo que á intriga y martingala huela Joselito y no Rafael es el que lleva la batuta.

Pero ahora recuerdo que ya antes, en el primer capítulo, algo he escrito sobre este punto.

Con aquello basta.

Los que ningún empeño tenemos en ver á nuestro padre ahorcado sigamos pensando que no es toreando por fuera sino en el ruedo como Rafael y José ganan el dinero.

Toreando mucho y toreando muy bien, aunque no sea *clásicamente*.

De ese Rafael yo he opinado lo que á pesar de sus últimos reveses sigo opinando ahora, y es probable que ya no varíe de opinión.

Desde la desaparición de *Lagartijo*, que allá en mis mocedades encendió en mi sangre el entusiasmo torero, hasta el punto de hacerme escritor taurómaco por el solo placer de sumarme al número de sus panegirístas; desde esa época, hace más de treinta años, á la aparición de Rafael *el Gallo*, yo no había vuelto á sentir tan intensamente las emociones que en la lidia de reses bravas encuentra el aficionado. *Lagartijista* entonces, como *gallista* ahora, continúo admirando el arte, no el de torear, sino el del torero, esa cosa que es majestad y gracia, arrogancia y humildad, don, virtud, instinto, no sé qué, que en las brusquedades de un ejercicio violento mantiene la compostura en la persona, la corrección de la línea, que comunica su ritmo á todo movimiento, que da vida, carácter, sello á todo lance. Ninguno de los lidiadores por mí alcanzados ha poseído *eso* en la medida de los dos Rafaeles, cuyo toreo, bueno será advertirlo, porque los hay muy duros, no comparo, entre otras razones, porque si es muy difícil encontrar semejanzas entre diestros del montón, resulta dificilísimo hallarlas cuando de primates se trata, digan lo que quieran los obcecados revisteros sostenedores de las manidas escuelas *rondeña* y *sevillana*, que si yo pretendo ridiculizar sólo es por su inoportuno é inadecuado resurgimiento en instantes en que, fundidos todos los estilos, aquellos dos y los cuarenta posteriores, la tauromaquia sufre una transformación que ciego ha de ser quien no lo vea y tonto quien intente atajarla.

Digamos de pasada que no es *el Gallo* de los que menos han contribuído á esa transformación, y si vale ser sincero digamos que es el que más ha contribuído. No con las suertes que haya podido inventar, que con ser bastantes únicamente habrían enriquecido el repertorio sin otras consecuencias, sino con los modos innovadores de ejecución, con el derrumbamiento de prejuicios de técnica (*anticlasicismo* precisamente) que le permite sacar un partido del toro, aun del manso, hasta él no sospechado. Los *clásicos* llaman á ese toreo de *pegolete* y *trinchera*, porque los clásicos, cuando el torero se tropieza con un buey prefieren aburrirse clásicamente á divertirse con lo *modernista*, como despectivamente denominan á todo adorno que no esté catalogado, y muy especialmente á los adornos del *Gallo*. Antes el toro que no *pasaba* era intolerable; hoy con toros que no pasan da Rafael la sensación del toreo.

Sí, pero eso es cuando repican gordo, se me objetará.

Eso es todas las tardes si le sale el toro y él torea con desahogo.

Porque yo no sé si alguien antes que yo lo ha observado.

Rafael no tan sólo tiene predilección por una clase de ganado, sino que igualmente tiene públicos predilectos.

Se habla de decadencia, y creo que no están en lo cierto los que toman un eclipse momentáneo del entusiasmo por una total ofuscación de ese astro que con el capote á una mano no tiene ni ha tenido rival por la elegancia, variedad y suavidad de sus lances, verdaderamente incopiables; á dos manos, lanceando al natural, ya no me parece tan excelente, aunque si tropieza con el toro franco es irreprochable su manera; en banderillas practica todas las suertes con finura y dominio, y en las llamadas de trapecio y cambiando el viaje (y no los terrenos) derrocha esa gracia que es su principal haber.

Con la muleta es el mejor, el amo, no por sus filigranas únicamente, que son verdaderos encanjes, sino por su dominio, por su saber, por todo lo que inventa, por el terreno que pisa... Aquella manera suya, tan flexible, tan diestra, tan ligera; aquella vista, aquella

intuición, aquel buen gusto que le permite bordear lo ridículo y salvarse de él... todo, en suma, reunido, dan el más formidable de los muleteros que recuerda la historia del toreo. *Cúchares* á su manera y Cayetano á la suya, con ser tan grandes, fundidos ambos, no darían un *Gallo*.

Por todo eso Rafael «se ha colocado», por todo eso gana el dinero que gana.

¿Y José?

¿He de recurrir también á *Don Modesto*?

Suya es la revista que, publicada en *El Liberal* de Madrid el 8 de junio de 1914, y que encabezaba con el título de «¡JOSELITO, EL AMO!», empieza así:

«Sería inútil el uso de paliativos, á los que tan aficionados se muestran algunos. Sería cerrar los ojos á la verdad. Sería adquirir patente de tozudez é idiotismo. La realidad se impone. La realidad, proclamada á los cuatro vientos, cara al sol y ante catorce mil espectadores.

»Joselito es el amo.»

Y termina de este modo:

«Celebro que Guerrita viva espléndidamente de sus rentas. Fueron bien adquiridas y justo es que con salud disfrute de ellas.

»Pero si los negocios se torciesen y el aguilucho de la ruina cerniese las alas negruzcas sobre su caudal, no pase cuidado alguno el gran torero.

»Existe un puesto para él, que le aseguraría un cómodo vivir. Un puesto que sólo merecen ocupar los que, como el insigne cordobés, cuenten con una brillante hoja de servicios.

»¡El de mozo de estoques de Joselito!»

Esto, que sonó á herejía en algunos oídos que no quisieron entender la hipérbole, para otros muchos es el evangelio. Por mi parte estoy con los últimos. Joselito supera á *Guerrita*, parece ser que el mismo Rafael lo ha dicho en las últimas corridas de feria de Córdoba este año; es más largo que él toreando; hace á los veinte años y hacía á los diez y siete lo que el otro á los treinta y cuando llevaba más de quince en la profesión. Como matador hay indudable ventaja en favor de *Guerrita*, no porque éste matara bien, sino porque su tranquillo era menos feo que el de José. Pero en el resto...

En favor de José existe además la particularidad de que lucha en condiciones algo más difíciles que *Guerrita* luchó, pues para nadie es un secreto que el cordobés, árbitro y señor de la afición, disponía á su antojo de todos los elementos de la fiesta, y todos los combinaba diestramente en beneficio propio. Así pudo hacerlo durante muchos años, toreando toros que los ganaderos criaban á su medida, alternando con los compañeros que mejor le parecía, imponiendo leyes hasta á los contratistas de caballos y aun á las autoridades si el caso se ofrecía.

No podría hacer, no puede hacerlo, Joselito eso en nuestros días, y si algo ha intentado en ese sentido, uno de los *crímenes* que se le achacan, que seguramente no será tanto como algunos interesados en su impopularidad han propalado, bien claro ha podido ver que «no está el horno para bollos».

¿Por qué? Se preguntará el lector ingenuo.

Porque Joselito elevado desde el primer momento á la cima de su profesión se encuentra al año de torear en la misma situación que *Guerrita* se encontró á los diez; es decir, con la hostilidad de una gran masa á la que después de haberlo ascendido ella misma á ese puesto prominente, claro que obrando en justicia, ahora le molesta que haya un artista de tales condiciones que sea imprescindible é insustituíble, y ya que no de otro modo, tratan de aminorar su figura, muy bien auxiliados, seguramente por los cortesanos más ó menos desinteresados de otros diestros, convirtiéndose todos en fiscales de sus actos, aun de aquellos que no son de la jurisdicción del público.

¿No es para llamar la atención de esos «buenos y exigentes aficionados» el que ni Montes, *Paquiro*, ni *Cúchares*, ni Cayetano Sanz, ni el *Gordito*, ni *Lagartijo*, ni Fernando el *Gallo*, ni *Guerrita*, ni *Bombita*, ni Rafael *el Gallo*, ni Joselito, ni Belmonte tampoco hayan sido buenos matadores de toros? ¿No será debido á que la suerte de matar, á *volapié ó arrancando* en especial, constituye

un albur que no quieren correr los que del toreo tienen un concepto menos azaroso, que fundamentan precisamente en la seguridad que les da la aplicación de reglas, las cuales no siempre son eficaces cuando de matar se trata?

Por si eso les llamara la atención tendrían sentido común y entonces ya no serían «buenos aficionados»... ¿El lector imparcial sabe ya como ganan el dinero los *Gallos*, cuáles son sus ventajas toreando y las que ellos obtienen del toreo?

Pues vamos á otra cosa, y que esa otra cosa sea la final.

VI

¡Que se vayan! ¡Que se vengan!

Hemos llegado al final.

Diferentes veces en el transcurso de estas páginas he manifestado lo que me animó á escribir este folleto y á lo que lo enderezaba.

Es muy posible que alguien, al leer el anuncio ó al enterarse del título, sin fijarse más que en su deseo de escándalo ó en su afición á manjares muy fuertes, haya creído realmente que de crímenes hechos y derechos se trataba; si eso ha creído ha hecho mal, y si decepción sufre ahora, con su pan se lo coma.

Creo que no serán muchos los que no hayan comprendido el valor y alcance del título y sumario.

Aquí sólo había un crimen, un crimen de leso sentido común, y ése es el que yo he querido divulgar. El crimen que se comete queriendo extraviar á la afición con patrañas, con infundios, con insidias, con calumnias... que, en último caso, y esto es lo más gracioso, nada le importan al público.

Pero éste que es curioso, éste que es impresionable, sin darse cuenta de sus deberes y derechos, se interesa, se deja sugestionar y olvida aquello que puede exigir, para exigir, en cambio, lo que nadie se ha obligado á darle.

Es más: impulsado en ocasiones por un sentimiento altruísta, en otras por una noble pasión, se erige en vengador de un delito fantástico, y castiga, castigándose á su vez, á quien se le señala como egoísta, mal compañero ú hombre malo, aunque para él sea un artista grande y complaciente.

Bien está todo esto y de alabar son sus arranques colectivos; pero bueno sería igualmente que, cuando menos, las faltas que se imputan al hombre que del público depende se comprobasen, y que empezara por mirarse con desconfianza al que las divulga, si en su divulgación puede existir para él algún interés.

Yo encuentro muy puesto en razón que el *belmontista* crea y sostenga que comparado con su torero Joselito es un mamarracho, ó viceversa, porque el apasionado no conoce límite ni medida; pero que para realzar los méritos de un molinete de Juan necesite recurrir á difamar á José no creo que haya derecho.

Se me dirá que el caso no es nuevo, que siempre ha ocurrido así; y yo que sé que, efectivamente, así es como ha ocurrido siempre, continuaré doliéndome de que la Humanidad en ese punto siga estacionaria y no haya progresado.

¿Qué es lo que con ese sistema de hacer campaña en favor de su ídolo se proponen los que el tal sistema emplean? ¿Que se vayan los que estorban?

¡Vana pretensión!

El momento ése puede precipitarse, es cierto; pero no mucho.

Yagües.—Plaza del Conde Barajas, 5 y Nuncio, 8.—Madrid

La Novela de bolsillo

Publica todas las semanas novelas originales é inéditas de los mejores escritores contemporáneos, ilustradas por los más famosos dibujantes y primorosamente editadas.

LA NOVELA DE BOLSILLO se vende también en volúmenes encuadernados en tela. Cada uno de estos volúmenes contiene cuatro novelas de las ya publicadas, y es su precio 1,50 pesetas.

Van publicadas hasta la fecha, sesenta novelas distintas, que forman quince tomos. Todos los domingos, aparece una nueva novela y por consiguiente todos los meses se enriquece con un nuevo tomo también la colección encuadernada.

COMPRE USTED
lea y coleccione
LA NOVELA DE BOLSILLO

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones.--Libertad, 7.-MADRID

Lit. Rod.z de Llano.—Biombo, 2. Madrid.